

Palabras del Rector de la UNPHU, Jaime A. Viñas Román en el Acto de Entrega del Título de Profesor Honorífico Postumo al Dr. Ramón de Lara, en ocasión del Centenario de su Nacimiento, el Día 10 de septiembre de 1984.

Señoras y Señores:

Una vez más la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña ha convocado a su comunidad universitaria y nacional al cumplimiento de lo que constituye uno de sus objetivos expresos y firmemente adoptados como propósito inalterable: es decir, a honrar la memoria de alguien que merece, por muchos títulos, ser presentado ante todos como ejemplar de elevado humanismo y excelsa calidad ciudadana. Se han cumplido ya cien años desde que nació, en la ciudad de Moca, el Doctor Ramón de Lara, para iniciar un curso vital en el cual los dominicanos bien podrían descubrir directrices y ejemplos de la más rica y diáfana ejecutoria profesional y humana.

Nosotros que estamos viviendo una de las horas más difíciles, complejas y amenazantes de nuestra historia nacional, necesitamos más que nunca la luz conductora de nombres de tal altura. Es ésta la razón por la cual la UNPHU se ha propuesto recordar a nuestra sociedad, en sus momentos oportunos, que tenemos en nuestra

historia pasada y en nuestro momento presente dominicanos capaces de mostrarnos caminos luminosos hacia una salida feliz de nuestras grandes encrucijadas. El Doctor de Lara, sin lugar a ninguna duda, es uno de ellos.

Si alguna vez nos pudo haber sido útil volver la vista a ese hombre y a esa vida demasiado poco conocida para lo que merece, mucho más lo es hoy. Esta tierra de tan ardua y atormentada trayectoria había visto pocas horas tan nebulosas como la actual, lo cual no es otra cosa que la consecuencia coherente de nuestra posición de cultura en franca transición entre dos mundos. Mientras atravesamos un trayecto tan difícil, no nos faltan hombres de gran valor e integridad, cuyas ideas y orientaciones serían capaces de salvarnos si fuesen tomadas en cuenta. Pero lo más trágico de toda la situación es precisamente que nuestras voces más confiables y autorizadas quedan apagadas por el ensordecedor concierto de la pugna de intereses individuales, y ambiciones difícilmente simuladas

tras el mito del "bienestar nacional."

De ahí de que nuestra sociedad se encuentre hoy francamente desgarrada entre los escauceos que gesta la búsqueda feroz del interés individual o grupal, y las manipulaciones dirigidas al control del poder por sí mismo. En tal coyuntura, guardar silencio sería el peor de los pecados por parte de los dominicanos responsables. Quienes han mantenido en su vida personal una trayectoria impecable y en su actuación profesional un ejercicio de gran calidad, serían los llamados a levantar la voz para orientar la desbocada desorientación que nos sofoca.

Muchos lo han hecho antes a lo largo de nuestra historia, aquí donde la voz de Montesinos nos dejó convertidos en la sede primera del grito universal por los derechos humanos y donde otros han sabido, no solamente hablar y orientar, sino padecer y morir por el derecho y la verdad.

Entre éstos, hoy nos place recordar al mocano Dr. Ramón de Lara, brillante ejecutor de la ciencia médica en nuestra sociedad y decidido defensor de la más limpia integridad humana, de la verdad y de la justicia, a costa de su bienestar personal y por encima de sus más justos derechos y objetivos individuales. Tal conducta, de más está decirlo, le llevó hasta las consecuencias más usuales en los casos en que la integridad, la verdad y la justicia son los enemigos más temidos. La marginación, la cárcel y el exilio cayeron sobre su vida con

la ferocidad típica de los días de la sinrazón, pero jamás lograron callar su voz cuando la misma fue necesaria en bien de su pueblo.

La prensa de sus días recogió, en numerosas ocasiones, sus opiniones fuertes, claras y valientes, como cuando, en plena polémica en torno a la "prioridad nacional" de la reelección trujillista, afirmaba en el Listín Diario del 30 de marzo de 1933, que los defensores de tal solución "son los mismos: los presupuestívoros, los mastófilos," añadiendo que los contrarios eran "también los mismos: un pequeño grupo de idealistas a quienes el pueblo llama ilusos, utópicos, cándidos, cuando no imbéciles, y un gran número de aspirantes al presupuesto quienes, mañana, vuelta la tortilla, cambiarán de opinión." En aquella misma edición resumía, con magistral lógica, lo que para él era el quehacer político, afirmado que "es una ciencia" y que "la observación metódica, la experiencia adquirida, el experimento correcto, un sereno razonamiento, conclusiones bien interpretadas, leales, desapasionadas y desinteresadas, deben ser sus únicas basamentos."

Lenguaje viril y sin pasiones sus orientaciones le mostraron siempre como la voz moralizadora y fuerte que, cuando su pueblo lo necesitaba, nunca se calló, y tampoco nunca rebasó las fronteras de la serenidad y la claridad del pensamiento. Así, hablaba cuando las aguas del río Yaque corrían peligro de contaminación, a la vez que ofrecía alternativas de solución

para el problema, y cuando la gran penuria reinante en los hospitales del país presentaba un panorama a toda luces menos que humano también analizaba públicamente la situación y presentaba esquemas factibles de ejecución para mejorarlo. La actualidad de tales pronunciamientos no puede pasar desapercibida, siendo la tragedia nuestra que lo que una voz valiente e íntegra denunciara hace tantos años continúe siendo parte de nuestro paisaje social y cultural.

Tal parece que leyéramos el diario de hoy, cuando repasamos, por ejemplo, sus líneas en el Listín Diario del 3 de abril de 1933, en las que dice: "En las naciones avanzadas y verdaderamente demócratas, los empleados públicos son empleados de la nación, y lo único que se les exige es cumplir con su deber, y devolver al Estado, en servicios, el dinero que se les paga. Se puede ser contrario político de un gobierno y seguir siendo empleado de la nación. Una concepción de esa naturaleza está muy lejos de la ideología dominicana."

Tras esa línea, no extraña encontrar su sorprendente afirmación: "Declaro, sin embargo, que dadas las ideas y concepciones de nuestro medio, donde los empleados públicos son empleados del Gobierno, y a veces del Presidente y no de la nación, mi deber era renunciar los cargos públicos que tenía... No lo hice entonces, y me declaro culpable."

Y entonces, decimos nosotros, no es de extrañar que terminara

siendo víctima. Es que, en un mundo peligrosamente contaminado por la des-humanización, defender los más básicos valores humanos viene a constituirse en la peor de las ofensas. Por esto aquellos que, frente a un mundo que cambia sin aparentes frenos y que va dejando atrás retazos de la herencia ética de sus raíces culturales, tienen la entereza de permanecer fieles a sí mismos y a sus principios sin claudicar ante la crítica o la mediocridad, con frecuencia necesitan vivir en la perenne tensión del heroísmo. Estos son los que saben quiénes son y por qué y para qué desean vivir. Son los que han escogido acogerse a normas válidas que no miran como una cadena sino como alas liberadoras por las cuales poseen su vida propia y el mundo.

Pero también son éstos los que suelen ser desconocidos o, por lo menos, relegados a la posición inadvertida de los viejos retratos de pared que, por demasiado vistos, desaparecen ante la mirada diaria. Por esta razón la UNPHU ha tomado sobre sí la responsabilidad de brillantar la imagen de esos grandes hombres nuestros y de mantener su recuerdo vivo entre nosotros. Porque es hora de proclamar que los héroes son muchos más de lo que creíamos y que la nación sigue en pie gracias a ellos, sean ya pasados o estén aún recorriendo nuestros caminos.

La conmemoración del Centenario del nacimiento del Dr. Ramón de Lara se inscribe dentro de ese propósito. Tenemos la

certeza de que hoy día hay entre nosotros muchos como él, pero a quienes todavía les falta su decisión y fortaleza para no permanecer en silencio ante una sociedad que se desquicia. La Universidad, como institución de educación superior, toma sobre sus hombros la responsabilidad de situarse en sitial de sana y bien informada crítica ante el mundo en el cual existe, porque está persuadida de que su misión educadora y formativa no se limita a enseñar disciplinas científicas a los que acuden a sus aulas sino que se debe extender a la sociedad entera. En esta difícil tarea, las voces de los hombres y mujeres encaminados individualmente por las mismas rutas y asentados sobre los mismos principios que iluminaron la mente y la vida del Dr. Ramón de Lara, podrían ser un complemento poderosísimo para ampliar la voz orientadora de la Universidad y de todos los sectores que, aún en medio de nuestra amenazante deshumanización, hace esfuerzos por mostrar a todos la senda de la plena calidad humana, a que tenemos derecho y también obligación indeclinable.

Entereza moral, pensamiento crítico, personalidad insobornable, laboriosidad continua en el ejercicio de la profesión, compasiva y atenta consideración de los grandes males y penurias de su pueblo, amor a la justicia y a la verdad, pulcritud y probidad a toda prueba, ciudadano participante y activo, del Dr. de Lara se ha dicho que "nació con dos vocaciones: la de hombre y la

de médico" (Dr. T. García, "Esbozo Biográfico," 1969). Con tales rasgos, es prácticamente indiscutible la afirmación de que, para los dominicanos, tiene todo el potencial del orientador y del guía, precisamente para nuestro día actual tan necesitado de héroes y de maestros.

Precisamente por esos mismos rasgos, y en una época de funesta recordación para todos nosotros en la cual estar adornado de tales dotes era casi como una sentencia inapelable al sacrificio, su recompensa fue la persecución, la cárcel, el penoso alejamiento del desterrado, y el título de "traidor a la Patria." Al recordar hoy al Dr. Ramón de Lara, quien hace cien años vino a ver nuestra luz en la tierra adentro de esta nación tantas veces desventurada, quisiéramos hacer un llamado a todos los que, "presos como él por las ataduras más fuertes que las de cualquier cárcel o Torre del Homenaje" (es frase suya ésta), es decir, las amarras de los principios sólidos de moralidad y rectitud, para que juntemos nuestras voces para ofrecer a la comunidad dominicana directrices rectas, opiniones sólidas y fundamentadas, y por encima de todo, ejemplos de serenidad y cordura en medio de las horas de más desatada enajenación.

Es cierto que resulta fácil acallar una voz solitaria, y sobre todo en épocas en las cuales las fuerzas primitivas de la ambición y la locura represiva están en el puesto de mando. Pero cuando hemos recorrido caminos que

definitivamente nos alejan de tales aberraciones, las voces unidas de los muchos Doctor Lara que sin duda tenemos en el país, pueden ser una luminosa esperanza de salvación para todos. A los cien años del nacimiento del ilustre médico mocano, maestro, científico y hombre íntegro como pocos, nuestra esperanza es que tales deseos encuentren respuestas concretas.

Entretanto, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña se honra hoy en recibir al Doctor Ramón de Lara en medio mismo de su comunidad y familia universitaria, a título póstumo, con la firme convicción de que pocos como él habrán que tan de cerca

compartan los principios sobre los cuales quisimos fundar nuestra institución, hace ya 18 años. Haciéndolo, sabemos que más que honrarlo a él nos honramos nosotros, pues contar con su nombre preclaro como parte de nuestra familia institucional es añadir a nuestros blasones uno de los más brillantes timbres de gloria.

A los cien años del nacimiento del Doctor de Lara, como hace días decíamos a los cien años del de Pedro Henríquez Ureña, abrigamos la esperanza de que la tierra que ha sido capaz de producir tales hombres no puede perderse, sino que camina, aunque todavía en penumbra, hacia un porvenir dichoso y lleno de esperanzas.

Muchas Gracias.